

Juan Crisóstomo

SOBRE LA ÚLTIMA CENA

I

Quería, amados hijos, tratar otra vez del patriarca, y presentaros este asunto, cual un convite espiritual; pero la ingratitud del traidor me induce a tratar de ella, y la oportunidad del mismo día de hoy nos exhorta a hablar sobre la locura de tan criminal osadía. Hoy, en efecto, nuestro Señor Jesucristo fue puesto en manos de los judíos por su propio discípulo. Tú que esto oyes, amado hijo, no estés triste, ni te aires por oír que fue vendido el Señor; antes gime y llora, no por Jesús que fue vendido, sino por Judas que le vendió. Porque Jesús, vendido, salvó al mundo, y Judas, que le vendió, perdió su propia alma, Jesús, vendido, está en los cielos sentado a la diestra del Padre, y Judas, que le vendió, está ahora en el infierno, y aguanta un suplicio ineludible y para siempre. Por esto has de gemir, por esto has de llorar; que el mismo Señor nuestro Jesucristo, viendo a Judas, se turbó y lloró. *Viéndole dice, se turbó*, y dijo: *Uno de vosotros me ha de vender* (Jn. 13, 21). ¿Y porqué causa se turbó? Porque pensaba como Judas, después de tanta doctrina, después de tantas exhortaciones, no se daba cuenta a qué precipicio tan hondo se lanzaba. Viendo, pues, el Señor el frenesí del discípulo, compadeciéndose de él, se turbó y lloró. Y esto lo afirman repetidas veces los Evangelistas para testificar la verdad de la solicitud y providencia de Cristo. Turbóse, pues, el Señor viendo la extremada ingratitud del discípulo, y enseñándonos a llorar, no a los que sufren males, sino a los que obran mal; porque los que sufren males injustamente más bien son dignos de ser reputados por felices. Por esto decía Cristo: *Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos* (S. Mt. 5, 10). ¿Ves cuánta ganancia y riqueza nos hace ver en los que sufren? Mira, en cambio, cómo en otra parte se nos descubre el ineludible castigo de los que obran mal. Oye a San Pablo, que dice: *Voso-*

tros, hermanos, os habéis hecho imitadores de las Iglesias de Dios que hay en la Judea; porque habéis sufrido también vosotros, de parte de los de vuestra misma tribu, las mismas vejaciones que ellos de parte de los judíos, que también mataron a nuestro Señor Jesús, y a sus propios profetas, y a nosotros nos impidieron hablar a las naciones gentiles para que sean salvas, de modo que se llena la medida de los pecados de ellos; mas ha llegado ya sobre ellos la ira de Dios hasta el fin (1 Tes. 2, 14-16). ¿Ves cómo es justo que principalmente lloremos y nos aflijamos por los que obran mal? Por esto el Señor, el amador de los hombres, viendo la osadía del discípulo, se turbó y lloró, mostrando su compasión para con el discípulo, y descubriendo la grandeza de su amor a los hombres, por que hasta el punto mismo de la traición no cesó de procurar la corrección del discípulo. Lloro, pues, amargamente y gime por causa de Judas, que también el Señor se entristeció por él. *Se turbó Jesús, y dijo: Uno de vosotros me ha de vender* (Jn. 13, 21). ¡Oh cuán grande misericordia! ¡Cuán grande bondad la del Señor! El vendido se entristece por causa del que le vende. Mira, ¡cuán grande paciencia y longanidad! ¡cuán grande benignidad! ¡Cómo perdona al ingrato, y no quiere que obre con tal desvergüenza, sino que infunde temor y ansía en todos los discípulos, para darle alguna ocasión de reconocer su locura! Pero una vez que el alma se insensibiliza por no recibir en sí la semilla de la piedad, ya no admite exhortaciones, no hace caso de consejos, sino que, ofuscada por las tinieblas de la pasión, se lanza a los precipicios; por esto tampoco a Judas le aprovechó nada tan larga paciencia: *Uno de vosotros me ha de vender*, dice. ¿Por qué causa se turbó y entristeció? Para demostrarnos su amor paternal y enseñarnos al mismo tiempo que principalmente se debe llorar por aquellos que causan daño a sus prójimos. Porque ellos mismos acarrear la ira contra sus cabezas; no es justo llorar al que sufre mal de otro; sí se debe, y en todas partes, al que obra mal: Pues el sufrir mal de otro nos proporciona el reino de los cielos; pero el hacer mal al prójimo nos es causa de infierno y de castigo. *Bienaventurados, dice, los que sufren persecución por la justicia* (Mt. 5, 10). ¿Ves cómo el sufrir males tiene premio y galardón, que es el reino de los cielos? Oye ahora cómo el hacer mal acarrea castigo y suplicio. Porque habiendo dicho Pablo de los judíos, que dieron muerte al Señor y persiguieron a los profetas, añadió: *y su fin es según sus obras* (2 Cor. 9, 15). ¿Ves cómo los que son perseguidos alcanzan el reino de los cielos, y en cambio, los perseguidores tienen por herencia la indignación de Dios?

II

No sin razón digo esto delante de vosotros, amadísimos oyentes, sino para que aprendamos a no airarnos contra nuestros enemigos, antes más bien los compadezcamos, y lloremos y nos entristezcamos por ellos. Porque los que sin motivo tienen enemistad con nosotros, ellos son propiamente los que reciben daño. Si de tal manera disponemos nuestros ánimos que no nos airemos, antes nos compadezcamos de ellos, podremos, según el consejo del Señor, rogar por ellos, y de esta manera obtener para nosotros singular favor del cielo. Y esta es la razón por qué van ya cuatro días que os estoy hablando sobre el rogar por los enemigos, para que con la continuidad de la exhortación se afiance más esta doctrina y se arraigue más en vuestras almas. Por eso continuamente os exhorto con mis palabras a refrenar la ira y reprimir su hinchazón y no llegaros a orar sino con el alma libre de enemistad. Porque si Cristo nos exhorta a ello, no lo hace sólo en atención a los enemigos, sino también por nosotros que les perdonamos las culpas. Puesto que más recibes de lo que das cuando perdonas al enemigo.

Y ¿cómo recibo más? podrás decir. Atiende con cuidado. Si perdonas las faltas a tu enemigo, se te perdonan los delitos contra el Señor. Ahora bien; estos delitos (contra el Señor) difícilmente hallan perdón e indulgencia, mientras que de aquellas faltas (que se cometen contra los hombres) fácilmente se logra remisión y consuelo. Oye, en efecto, cómo lo dice Helí hablando con su hijo: *Si pecare un hombre contra un hombre, el sacerdote rogará por él; pero si pecare contra Dios, ¿quién rogará por él?* (1 Re. 2, 25). Grande es semejante herida, ni se cura fácilmente con la oración; o bien, ni con oración se cura, y en cambio con perdonar las culpas al enemigo se cura al momento. Por eso a las culpas contra el Señor las llamó el mismo Dios diez mil talentos, y a las otras cien denarios (Mt. 29, 23, ss.); y si tú los perdonares, te serán perdonados los diez mil talentos.

Pero basta lo dicho acerca de la oración. Ahora, si os parece, volvamos a hablar de la traición, tomando el asunto de más arriba, y veamos como fue entregado nuestro Señor. Pero para que veamos en Judas toda su locura como traidor y su ingratitud como discípulo, y en el Señor su inefable benignidad, oigamos cómo nos expone la traición: *Entonces, dice, se fue uno de los doce, Judas, el llamado Iscariote, a los príncipes de los sacerdotes, y le dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo*

os lo entregaré? (Mt. 26, 14-15) Parecen ser claras estas palabras, y no dan a entender ninguna otra cosa, pero si con diligencia se examina cada una de ellas, tienen mucho que considerar y mucha profundidad de pensamientos.

Y lo primero que hay que considerar es el tiempo. Porque no de cualquier manera lo da a entender el Evangelista, pues no dijo sencillamente *Se fue*, sino, *Entonces se fue*. *Entonces* ¿cuándo? Y ¿por qué razón da a entender el tiempo? No en vano indica la ocasión del hecho el Evangelista, que habla por inspiración del Espíritu Santo; porque quien halla por inspiración del Espíritu divino nada habla en vano y sin motivo. ¿Qué significa, pues, la palabra *entonces*? Antes de aquel mismo tiempo, antes de aquella misma hora se adelantó una mujer con un vaso de alabastro, y derramó el ungüento sobre la cabeza del Señor. Demostró en esto mucha fe, demostró mucha servicialidad, demostró mucha obediencia y piedad; convirtiéndose de su primera vida e hiziose mejor y más recatada. Pues bien; cuando la meretriz se arrepintió, cuando reconoció al Señor, *entonces* el discípulo entregó al maestro. *Entonces*, ¿cuándo? Cuando adelantándose ella y derramando a los pies de Cristo el alabastro de ungüento, se los limpió con sus propios cabellos y se mostró en extremo obsequiosa, borrando con esta confesión todos los pecados hasta entonces cometidos. Entonces, pues, cuando la vio hacer tan grande obsequio al Maestro, entonces se apresuró a su criminal traición. De modo que aquella, desde el fondo de la maldad, se remontó hasta el cielo, y él, en cambio, después de innumerables milagros y prodigios, después de tanta instrucción, después de tan inefable humildad del Señor, cayó hasta el mismo fondo del infierno. ¡Tanto daño acarrea la negligencia y una voluntad corrompida! Por eso decía también Pablo: *El que se crea estar en pie, mire no caiga* (1 Cor. 10, 12); y en otro tiempo el profeta clamaba: *¿Acaso quien cae no se levanta, o el que se aleja no vuelve* (Jr. 8, 4)? Para que ni quien está de pie se fíe, sino siempre viva en temor y lucha, ni quien cayó desespere. Porque era tan grande la virtud del Maestro, que aun a las meretrices y publicanos atrajo a su servicio.

Pues, ¿cómo? dirás. El que atrajo a las meretrices, ¿no pudo atraer a un discípulo? Realmente, pudo atraer al discípulo; mas no quiso hacerle bueno por necesidad, ni arrastrarle hacia sí con violencia. Por esto el Evangelio, exponiéndonos todo lo concerniente al discípulo ingrato, dijo: *Entonces se fue*, esto es, no llamado por otros ni obligado por nadie ni por ajena exhortación, sino que emprendió esta em-

presa movido de suyo, dando claras muestras de que espontánea y libérrimamente se lanzó a tan criminal audacia, sin motivo alguno, sino sólo por la malicia que le brotaba de dentro y le impulsó a la venta del Señor. *Entonces se fue uno de los doce.* Y no es pequeña acusación la que contienen las palabras *Uno de los doce*. Porque como había otros setenta discípulos, dijo *Uno de los doce*, esto es, de los escogidos de los que todos los días estaban con él, de los que tenían con él mayor confianza. Por eso, para que vieras que era uno de los discípulos selectos, dijo *Uno de los doce*. Y no quiso el Evangelista callar esto en el Evangelio, para que te persuadieras tú que lo que parece deshonoroso manifiesta a las claras el cuidado del Señor para con nosotros, puesto que al traidor, al ladrón, se dignó concederle tantos bienes y le exhortó hasta la última tarde. ¿Ves cómo la mala mujer se salvó porque lavó (los pies del Señor), y el discípulo cayó por haber sido negligente? Po lo tanto, no desesperes de ti, mirando a la mala mujer, ni te fíes demasiado, considerando la osadía del discípulo, porque ambos extremos son perniciosos. Inestable es nuestro ánimo, voluble la voluntad; por esto conviene asegurarse por todas partes. *Entonces se fue uno de los doce, Judas Iscariote.* ¿Ves de qué jerarquía cayó? ¿Ves de qué escuela se privó a si mismo? ¿Ves cuán grave mal es la negligencia? *Judas*, dice, *el llamado Iscariote*, porque había otro del mismo nombre, el que se decía de Jacob. ¿Ves la prudencia del Evangelista, que nos lo da a conocer, no por su crimen, sino por el lugar de su nacimiento, siendo así que al otro discípulo no le nombre por el lugar de nacimiento, sino por el nombre de su padre? Porque lo natural era decir “Judas el traidor”; pero para enseñarnos a guardar la lengua sin mancha de criminación alguna, se abstiene aun del mismo nombre de traidor. Aprendamos, pues, a no nombrar afrentosamente a ninguno de los enemigos. Porque si el santo Evangelista no consintió en afrentar al traidor, sino que, contando este crimen tan inicuo, calló y nos dio a conocer a la persona por el lugar de donde tuvo origen, ¿qué perdón merecemos nosotros si condenamos al prójimo? Y lo peor es que muchas veces, no sólo de los enemigos, sino de aquellos que están bien dispuestos para con nosotros, hacemos mención con afrenta. Por Dios, no lo hagamos. Que a esto nos exhorta San Pablo, diciendo (Ef. 4, 29): *No salga de vuestra boca palabra alguna podrida* . Por eso San Mateo, como tan puro de semejante pasión, dijo: *Entonces se fue uno de los doce, Judas, el llamado Iscariote, a los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: ¿Qué me que-*

réis dar, y yo os lo entregaré? ¡Oh palabra execrable! ¡Oh atrevimiento insensato! Tiemblo, amados hijos, sólo de pensar como salió tal palabra de su boca, cómo movió su lengua, cómo no se le huyó el alma del cuerpo, cómo no se le entorpecieron los labios, cómo no salió fuera de sí.

III

¿Que me queréis dar, y yo os lo entregaré? Dime, Judas: ¿esto es lo que te ha enseñado tu Maestro en tan largo tiempo? ¿Hasta tal punto te has olvidado de sus continuas exhortaciones? Si dijo: *No poseáis oro, ni plata* (Mt. 10, 9), ¿no fue con el intento de reprimir desde un principio tu extremado frenesí por el dinero? ¿No os exhortó, diciendo: *Si alguien te abofetear la mejilla derecha, preséntale también la otra* (Mt. 5, 39)? ¿Por qué razón, dime, vendes al Maestro? ¿Acaso porque te dio poder contra los demonios, de modo que pudieras curar enfermedades, limpiar leprosos y hacer otras semejantes maravillas? Y en pago de tales beneficios como estos, ¿le das semejante recompensa! ¡Oh locura, o mejor, avaricia! Porque todos estos males los causó la avaricia: ella es la raíz de los males, que cubre de sombra nuestras almas, y oculta aun las mismas leyes de la naturaleza, y nos hace salir de juicio, y no nos permite acordarnos ni de amistad, ni de parentesco, ni de ninguna otra relación; sino que cegando de una vez los ojos de nuestra alma, nos obliga a andar en tinieblas. Para que lo veas con claridad, mira cuántas cosas echó entonces del alma de Judas. Una vez que entró allí, arrojó a las sombras del olvido la conversación, la familiaridad, la unión con Jesucristo, su admirable doctrina; todo lo arrojó la avaricia. Hermosamente dijo San Pablo, que *la avaricia es la raíz de todos los males* (1 Tim. 6, 10). *¿Que me queréis dar, y yo os lo entregaré?* ¿Entregas, Judas, a aquel que todo lo contiene con su palabra? ¿Vendes al Incomprensible, al Criador del cielo y de la tierra, al Hacedor de nuestra naturaleza humana, al que con una palabra e inclinación de cabeza afianza toda la creación?

Pero para mostrarnos (Jesús) que voluntariamente quiso ser vendido, oye lo que hace. En el tiempo mismo da la traición, cuando se echaron sobre él con espadas y palos, llevando linternas y teas, les dice: *¿A quién buscáis?* (Jn, 18, 4). Y ellos no conocieron a quien trataban de prender. ¡Tan lejos estaba Judas de poderle entregar, cuando teniendo presente al que había de vender, ni aún siquiera distin-

guirle podía, y esto habiendo allí linternas y tanta luz! Y parece, en efecto, que el Evangelista quiso indicar que a pesar de tener ellos linternas y teas no le podían hallar al decir: *Y Judas estaba con ellos*, el mismo que les había dicho: *Yo os le entregaré*. Porque les cegó (Jesús) los sentidos, queriendo hacer demostración de su poder, y enseñarles que trataban de hacer lo que no estaba en sus manos. Y al punto, oída su voz, cayeron hacia atrás, y dieron consigo en tierra. ¿Ves cómo ni aun siquiera su voz pudieron resistir, sino que mostraron a las claras en su caída su impotencia? Mira ahora la benignidad del Señor. Ya que ni aun con esto rindió la desvergüenza de Judas ni la ingratitud de los judíos, se entrega el Señor a sí mismo, y dice: Al hacer manifiesto, que no está en sus manos lo que pretenden, he querido reprimir su locura: ellos se resisten, y se obstinan aún en su maldad; pues bien, yo me entrego a mí mismo.

Esto os lo digo para que nadie eche la culpa a Jesucristo diciendo: ¿Por qué no convirtió a Judas? ¿por qué no le hizo mejor? Pero ¿y cómo convenía hacer a Judas mejor y más cauto? ¿por necesidad, o por voluntad? Si por necesidad, ni aún así había de ser mejor, porque nadie se hace mejor por necesidad; si por voluntad y elección, ya puso todos los medios que pudieran reducirle. Y si él no quiso recibir las medicinas, no es culpa del médico, sino del que rechazó la curación. ¿Quieres saber cuántas cosas hizo para recobrarle? Le dio la gracia de hacer muchos milagros, le avisó de antemano sobre la traición, nada que conviniera al discípulo dejó de hacer. Y para que veas que, pudiendo convertirse, no quiso, sino que todo procedió de su negligencia; después de haber hecho la traición, y llevado su locura hasta el límite, *arrojó de sí las treinta monedas de plata, diciendo: Pequé entregando sangre inocente* (Mt. 27, 3). Antes de ahora decía: *¿Qué me queréis dar, y yo os le entregaré?* Una vez llevado a término el pecado, entonces lo reconoció. Aprendamos de aquí cómo cuando somos perezosos, nada nos aprovecha, ni la exhortación, ni el aviso; pero cuando andamos con diligencia, aun por nosotros mismos podemos resucitar. Porque, piénsalo bien; cuando le exhortaba Jesús, y le retraía de su mal propósito, no oyó ni recibió el aviso; y cuando nadie había que le exhortara, su propia conciencia resucitó, y, sin que hubiese quien le enseñara, mudó de intento y arrojó las treinta monedas. *Porque le fijaron, dice, el precio de treinta monedas de plata* (Mt. 26, 15). Fijaron precio a una sangre que no tiene precio. ¿Cómo recibes las treinta monedas, oh Judas? De balde vino Cristo a derramar por el

mundo su sangre, cuya venta estás contratando. ¿Qué cosas más desvergonzada que este trato? ¿quién jamás vio, quién jamás oyó cosa semejante?

IV

Pero para que veamos la diferencia que hay entre el traidor y los demás discípulos, oigamos el Evangelio: que todo nos lo cuenta minuciosamente el Evangelista. Cuando esto sucedía, dice, cuando siguió adelante la traición, cuando Judas se perdió a si mismo, cuando hizo aquellos tratos inicuos y buscaba oportunidad para entregarle, *entonces se acercaron a Jesús los discípulos, diciendo: ¿Dónde quieres que te dispongamos sitio para comer la Pascua?* (Mt. 26, 17) ¿Ves qué discípulos y qué discípulo? Este se afanaba por la traición, aquellos por el servicio; este hacía pactos y trataba de recibir el precio de la sangre del Señor, aquellos se preparaban a obsequiarle. Los mismos milagros, las mismas enseñanzas tuvieron ellos y él, ¿dónde, pues, la diferencia? De la voluntad. Esta es la causa de los males y de los bienes. Era una misma la tarde en que decían esto los discípulos. ¿Qué significa *dónde quieres que te dispongamos sitio para comer la Pascua?* De aquí sacamos que no tenía Cristo habitación propia. Oigan los que edifican casas espléndidas y extensos pórticos, cómo el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza; por eso le dicen los discípulos: *¿Dónde quieres que te dispongamos sitio para comer la Pascua?* ¿Qué Pascua? La de los judíos, la que tuvo origen desde Egipto, porque allí la celebraron al principio. ¿Y por qué razón la celebra Cristo? Como cumplió todos los otros preceptos legales, quiso también cumplir éste. Por eso decía a San Juan: *Así conviene que cumplamos toda justicia* (Mt. 3, 15). Por consiguiente, no nuestra Pascua, sino la de los judíos era la que querían preparar los discípulos. Y ellos la prepararon, en efecto, mientras que la nuestra la preparó el mismo Cristo, o mejor, él se convirtió en nuestra Pascua por su santa pasión. ¿Y por qué va a la pasión? Para redimirnos de la maldición de la ley. Por lo cual San Pablo clamaba: *Envió Dios a su Hijo nacido de mujer, sujeto a la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley* (Gal. 4, 4-5). Pues para que nadie dijera que la abrogó porque no la pudo cumplir, como cargosa, molesta y difícil, no la abrogó hasta haberla cumplido en toda su extensión. Por esto celebró también la Pascua: porque era para ellos precepto de la ley la fiesta de

la Pascua. Atiende. Eran los judíos ingratos a su bienhechor, y en seguida se olvidaban de él. Para que lo veas claro, considera: salieron de Egipto, atravesaron el mar Rojo, vieron dividirse las aguas y juntarse de nuevo; y, sin embargo, al poco tiempo dicen a Aarón: *Haznos dioses, que vayan delante de nosotros* (Ex. 32, 1). ¿Qué dices, oh ingrato judío? ¿Tantas maravillas como has visto, y ya te has olvidado de Dios que te alimenta, y ni siquiera haces mención de tu bienhechor? Ya, pues, que se olvidaban de sus beneficios, ligó Dios el recuerdo de sus dones al título de las festividades, para que de grado o por fuerza tuvieran continua memoria de ellos. Tal era la obligación que tenían: ¿por qué? *Para que cuando te preguntare tu hijo: ¿qué es esto?*, le respondas: Con la sangre de este cordero ungieron los umbrales de las puertas, y escaparon de la muerte que el exterminador dio a todos los egipcios, y por esta sangre no pudo acometerlos y herirlos. Ellos fueron sacrificados por fuerza; mas aquí Cristo se inmola voluntariamente. ¿Por qué? Porque aquella Pascua era figura de la espiritual. Y para que lo veas, mira cuanta es su mutua correspondencia. Allí había un cordero, y un cordero hay aquí; aquel era irracional, y este es racional; una oveja allí y aquí otra oveja; aquella era la sombra, y esta es la realidad; mas apareció el sol de justicia, y la sombra cesó; que cuando el sol brilla, se oculta la sombra. Por eso hay también un cordero en la mesa mística para que nos santifiquemos con su sangre. Por eso, llegado ya el sol, no brilla ya la lámpara; que lo pasado no fue sino figura de lo venidero.

V

Esto se lo digo a los judíos, no sea que engañándose a sí mismos, se imaginen que celebran la Pascua; porque con desvergonzado propósito se adelantan a recibir los ácidos y nos ponen delante su fiesta, ellos, los incircuncisos de corazón, y siempre duros y rebeldes para oír.

Respóndeme, judío: ¿cómo celebras la Pascua? El templo está arruinado, deshecho el altar, pisoteado el Sancta Sanctorum, todo sacrificio abrogado, ¿cómo, pues, te atreves a prevaricar? Fuiste en otro tiempo a Babilonia, oíste a los que os cautivaron, que os decían: *Cantandnos el cántico del Señor* (Sal. 136, 3), y no lo pudiste sufrir. Pues, ¿cómo ahora celebras la Pascua fuera de Jerusalén, tú que dijistes: *Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra ajena* (Ib. v. 3)?

Esto nos declaraba el Santo David, cuando decía: *Sobre el río de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos; sobre los sauces de enmedio de él suspendimos nuestros instrumentos músicos* (Sal. 136, 1-2), es decir, el salterio, la citara y la lira, que eran los instrumentos de que usaban los antiguos, y a cuyo son cantaban los salmos. *Allí, dice, los que nos hicieron cautivos nos preguntaron la letra de nuestras canciones* (Ib. v. 3). Y dijimos: *¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra ajena? ¿Qué dices?*, responde. *¿Conque no cantas el canto del Señor en tierra ajena, y celebras la Pascua en tierra ajena? ¿Ves la insensatez de los judíos? Cuando los obligaban los enemigos, ni un salmo querían cantar en tierra ajena; y ahora, ellos de suyo, sin obligarlos nadie, declaran guerra a Dios. Por esta razón, les decía San Esteban: Siempre vosotros resistís al Espíritu Santo* (Hech. 7, 51). *¿Ves que impuros son los ácidos, y cuán ilegal es la fiesta de los judíos? Existía ante la Pascua judaica, pero ya desapareció.*

VI

Entonces, dice el Evangelio [Mt. 26, 26] , Jesús mientras ellos comían y bebían, tomando un pan en sus santas e inmaculadas manos, dio gracias, y lo partió y dijo a sus discípulos: Tomad y comed, este es mi cuerpo, que por vosotros y por muchos se divide para remisión de los pecados. Y tomando a su vez el cáliz, se lo dio a ellos, diciendo: Esta es mi sangre, que por vosotros se derrama para remisión de los pecados (Ibid. v. 27, 28). Y cuando esto decía el Señor, estaba presente Judas. Esta es ¡oh Judas! la sangre que vendiste en treinta monedas; esta es la sangre por la cual hace poco hacías tratos desvergonzados con los ingratos fariseos. ¡Oh grande benignidad de Cristo! ¡Oh ingratitud de Judas! ¡El Señor le alimentaba, y el siervo le vendía! El le vendió, si, recibiendo en precio treinta monedas, y Cristo derrama en precio de nuestro rescate su propia sangre, y se la entregó al mismo, que la vendió, si él lo hubiera querido. Estuvo, sí, presente Judas antes de la traición, y participó de la sagrada mesa, y gozó de la cena mística. Porque, como estuvo cuando el Señor lavó los pies, así también participó de la sagrada mesa Judas, para que no tuviera excusa alguna, sino que recibiera su propia condenación. Porque perseveró en su malvado propósito, y salido de allí, por medio de un beso llevo a cabo la traición, olvidado de sus beneficios, y después de la traición arrojó las treinta monedas, diciendo: *Pequé entregando*

sangre inocente. ¡Oh ceguedad! ¿Participaste de la cena, y vendes al bienhechor? Y el Señor, por su parte, cumplía de grado lo que de él estaba escrito: Pero ¡ay de aquel por quien vino el escándalo (Mt. 18, 7)!

Mas ya es tiempo de acercarnos a la venerada y tremenda mesa. Acerquémonos, pues, todos con pura conciencia; no haya aquí ningún Judas que arme fraudes a su prójimo, ningún malvado, ninguno que tenga veneno oculto en su corazón. También ahora está presente Cristo, que da realce a esta mesa, pues no es el hombre quien convierte la ofrenda en el cuerpo y sangre de Cristo. Sólo para llenar la representación está el sacerdote y ofrece la súplica; únicamente la gracia y virtud de Dios es la que todo lo obra. *Este es mi cuerpo*, dice (Mt. 26, 26). Estas palabras transforman la ofrenda. Y así como aquella voz que decía: *Creced y multiplicaos y llenad la tierra* (Gen. 1, 28) era palabra y se convirtió en obra, y dio a la naturaleza humana el poder de criar hijos; así también estas palabras aumentan siempre la gracia de cuantos dignamente participan de ellas. No haya, pues, ningún fraudulento, ningún malvado, ninguno dado a la rapiña, ningún calumniador, ninguno que odie a sus hermanos, ningún avaro, ningún ebrio, ningún ambicioso, ningún sodomita, ningún envidioso, ninguno entregado a la lujuria, ningún ladrón, ningún insidioso, porque no reciba su propia condenación. Que también entonces Judas participó indignamente de la cena mística, y salido de allí entregó al Señor; para que aprendas que el demonio acomete principalmente a aquellos que participan indignamente de los sacramentos, y que ellos mismos se acarrearán más grave suplicio. Digo esto, no tan sólo por atemorizaros, sino para afianzaros más. Porque así como el alimento corporal, si entra en un estómago lleno de malos humores, aumenta la enfermedad, así el alimento espiritual, cuando se le recibe indignamente, acarrea mayor condenación. Nadie, por consiguiente, os lo suplico, tenga dentro pensamientos malos; antes purifiquemos todos el corazón: que si somos puros, somos templos de Dios. Hagamos pura nuestra alma, que es posible hacerlo siquiera por un día. ¿De qué manera? Si tienes algo contra tu enemigo, arroja de ti la ira, desvanece la enemistad, para que recibas en la sagrada mesa la medicina del perdón. Te acercas a un sacrificio tremendo y santo; en él está inmolado Cristo. Pero piensa por causa de quién fue inmolado. ¡Oh, de qué misterio te

privaste, Judas! Cristo padeció voluntariamente, *para deshacer la pared intermedia del cercado* (Ef. 2, 14), y unir lo de abajo con lo de arriba, y hacerte partícipe de los ángeles a ti, su enemigo y adversario. ¿Conque Cristo dio su propia alma por ti, y tú guardas odio a tu consiervo? ¿Y cómo podrás acercarte a la mesa de la paz? Tu Señor no rehusó sufrirlo todo por ti, y tú ¿ni aún siquiera consientes en remitir la ira? ¿Por qué razón?, dime. La caridad es raíz, fuente y madre de todos los bienes. Es que me causó, dirás, gravísimas molestias, me hizo innumerables injusticias, me puso ya en próximo peligro de muerte. Y eso, ¿qué es? Aún no te crucificó, como al Señor los judíos. Si no perdonares al prójimo la injuria, tampoco tu Padre celestial te perdonará los pecados. ¿Y con qué conciencia dirás, *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombres*, y lo que sigue? Cristo, aún la sangre que ellos derramaron, la ofreció del mismo modo para salvación de los que la derramaban. ¿Qué puedes hacer tú comparable con esto? Si no perdonas al enemigo, a ti mismo te haces injusticia, no a él; porque a él muchas veces le dañas para la vida presente, a ti mismo te acarreas suplicio sin remisión para el tiempo venidero. Pues a nadie en tanto grado aborrece y rechaza Dios, como al hombre que se acuerda de las injurias, y al corazón entumecido, y al alma que conserva la inflamación de la ira. Oye, efectivamente, lo que dice el Señor: *Si presentas tu ofrenda sobre el altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces llégate y ofrece tu don* (Mt. 5, 23-24). ¿Qué dices? ¿he de dejar allí el don o el sacrificio? Sí, responde; porque precisamente por la paz con tu hermano se ofrece el mismo sacrificio. Si, pues, el sacrificio se ofrece por la paz con tu prójimo y tu no guardas la paz, inútil es para ti esta participación de él sin el bien de la paz. Guarda, pues, primero aquello por lo cual se ofrece el sacrificio, que es la paz, y entonces gozarás de él como es debido. Que a esto vino al mundo el Hijo de Dios, a reconciliar con el Padre nuestra naturaleza, como lo dice San Pablo: *Ahora todo lo reconcilió consigo* (Col. 1, 22). *matando por medio de la cruz en si mismo la enemistad* (Ef. 1, 22). Por eso no se contentó con venir él solo a hacer la paz, sino que también a nosotros nos llama bienaventurados, si esto hacemos, y nos hace participantes de su propio nombre: *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios* (Mt. 5, 9).

Pues bien, lo que hizo Cristo, el Hijo de Dios, hazlo también tú, según tus fuerzas humanas, haciéndote conciliador de paces entre ti y

tu prójimo; por eso llama Hijo de Dios al pacífico; por eso al tiempo del sacrificio no hizo mención de ninguna otra manera de justicia, sino de la reconciliación con el hermano, manifestando así que la caridad es la mayor de las virtudes.

Bien quería yo, amados hijos, extender más el discurso, pero aún lo dicho basta para los que reciben con atención e inteligencia la semilla de la piedad y para los que quieren atender a lo que se dice. Recordemos, pues, siempre, os lo pido, estas palabras, y el abrazo digno de reverencial temor que mutuamente nos damos. Porque este abrazo enlaza nuestras almas, y hace que todos nos hagamos un mismo cuerpo y miembros de Cristo, porque de un mismo cuerpo participamos todos. Hagámonos, pues, verdaderamente un cuerpo, no con unión material, sino estrechando las almas mutuamente con el vínculo de la caridad. Que si esto hacemos, confiadamente podremos gozar de la mesa que tenemos preparada, y hacernos mansión donde habite la paz que Jesucristo alcanzó en su victoria. Puesto que aún cuando tengamos innumerables virtudes, si conserváremos memoria de las injurias, todo lo habremos hecho en vano y sin fruto, y nada nos valdrá para la salvación. Porque estando el Salvador para volver al Padre, en vez de gloria temporal y grandes riquezas, dejó esta herencia a sus discípulos, diciéndoles: *Mi paz os doy, mi paz os dejo* (Jn 14, 27). ¿Qué riqueza, en efecto, qué abundancia de bienes puede ser más preciosa que la paz de Cristo, que supera a todo elogio y entendimiento? Bien sabía el profeta Malaquías cuán grave y atroz delito es lo contrario, y por eso decía, como por boca de Dios: *Pueblo mío, hablad verdad cada uno con su prójimo, y nadie recuerde en su corazón maldad contra su prójimo, y no améis el juramento mentiroso, y no moriréis no, casa de Israel, dice el Señor* (Zac. 8, 16-17). De modo que si habéis de ser mentirosos, aborrecedores, perjurios, olvidándose de mis preceptos, ciertamente moriréis.

Ya, pues, que sabemos todo esto, amados hijos, deshagamos toda ira, guardemos la paz mutua, y arrancando la raíz del mal y purificando nuestra conciencia, acerquémonos con mansedumbre, con modestia, con mucha piedad a la participación de estos venerados y tremendos misterios, no empujándonos e hiriéndonos, ni haciendo estrépito y dando clamores, sino con mucho temor y temblor, con compunción y lágrimas, para que también el benigno Señor, mirando desde arriba nuestro estado de paz mutua, y nuestro amor no fingido, y nuestra unión fraternal, se digne concedernos a todos, tanto estos bienes como

los demás prometidos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025
[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 [@escritores de iglesia](#) [+ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA](#)